

El centro político: necesidad y entelequia

EL siglo XIX y gran parte del feneciente siglo XX han estado dominados por el espíritu misional de las ideologías políticas. Absolutistas y constitucionales, conservadores y liberales, derechas e izquierdas misionaban en busca de militantes que fueran, al mismo tiempo, promotores de su causa y cabezas de ariete contra las ideologías de signo contrario. Estas copias laicas de las guerras de religión produjeron efectos dramáticos en muchas ocasiones, pero construyeron también, dialécticamente, dos tradiciones, dos referencias fundamentales —la izquierda y la derecha— sin las cuales nuestra época y nuestra cultura resultarían incomprensibles. En los momentos álgidos, esta polarización dividió el mundo en dos sentidos aparentemente contradictorios: por una parte, se demarcaron dos hemisferios antagónicos, en cada uno de los cuales se difuminaban las diferencias religiosas, culturales y nacionales; por otra parte, dentro de cada nación, se producían fracturas aparentemente definitivas, lo que obligó a hablar, con algún rigor, de «las dos Españas» o «las dos Francias».

Las cosas han cambiado vertiginosamente desde los años setenta. Las viejas izquierdas y derechas han dejado de constituir referencias que mutuamente se excluyen, aunque algunos añorantes conserven los reflejos instintivos y los discursos de exclusión. La polarización está muriendo, pero no porque haya caído el comunismo ni porque la libertad y la igualdad ya no se opongan dialécticamente. Han muerto sencillamente porque son pocos los que quieren estar en ellas. Una y otra son territorios electorales inseguros, no garantizan mayorías. Parece una ley general que, en la misma medida en que los ciudadanos adquieren cotas elevadas de bienestar, se instalan también en un territorio de tibieza política en el que difícilmente se alinean con posturas militantes de izquierda o de derecha. Su voto mayoritario es el de la moderación, el del cambio lento, evolutivo, sin sobresaltos.

El centro como necesidad

EL centro se convierte así en el gran seductor de los extremos, en el lugar donde todos los partidos desean instalarse, so pena de no llegar al poder o de perderlo si lo disfrutan. Los expertos de los Estados Mayores elaboran sus estrategias en función de la sociología electoral y saben muy bien que, para ganar las elecciones, es tan necesario aumentar las adhesiones como reducir los rechazos. Por otra parte, saben cuál es su techo de adhesiones, pero ignoran cuál es el techo de sus rechazos. Lo que no ignoran es que, si se instalan en el espacio de la tibieza, su nivel de rechazo se habrá minimizado. Ese espacio de tibieza es, más que ningún otro, el centro sociológico. Y por eso pretenden todos ocuparlo. Desplazarse hacia el centro es, pues, claramente, una necesidad de los partidos en cuanto maquinarias engrasadas para ganar elecciones.

*El fenómeno no es exclusivo de España. El **Bad Godesberg** del PSD alemán y la **Tercera Vía** del británico **Tony Blair** pueden ser considerados como aproximaciones al centro o, al menos, como búsqueda de una equidistancia entre los extremos. Pero probablemente es en España donde más claramente se manifiesta. Desde que **Suárez** descubrió el éxito electoral de la UCD, en tanto en cuanto cuña interpuesta entre la derecha instalada y la izquierda excluida, todos los partidos se deslizan irremisiblemente hacia un centro nunca claramente definido. El PSOE empezó a desmarcarse de la izquierda cuando abandonó el marxismo y la lucha de clases, y consumó su desplazamiento cuando aceptó las leyes del mercado y endiosó la socialdemocracia. Sólo conservó algunos viejos clichés y fotos de familia para domesticar a los recalcitantes. Probablemente, de no haber abandonado fácticamente la izquierda o estar en camino de ello, de no haberse centrado, el PSOE no hubiera llegado al gobierno. Y no porque un sablazo militar se lo hubiera impedido —o no sólo por ello—, sino porque no hubiera alcanzado los votos suficientes. Un giro similar inició el PCE —abandono del Leninismo y de la dictadura del proletariado—, pero la lejanía inicial de su circunferencia le ha impedido **centrarse** más.*

***EN** las filas de la derecha, el PP ha seguido el mismo camino. Tras adormilar a su ala derecha, inició también su camino hacia el centro: limó algunos absolutos nacionales, sustituyó personas catalogadas de derechas por otras más centradas o con pretérito indefinido y cargó sus discursos de moderación. En el reciente Congreso de este partido se ha solemnizado su **centramiento**. Seguramente, para ganar las próximas elecciones, el PP no tenía otra alternativa que ocupar el centro, como un espacio en el que puede hospedar a las viejas guardias sin perder del todo los*

votos que representan; el centro es también el espacio de necesidad del PP. Las encuestas inmediatamente posteriores al XIII congreso pusieron de manifiesto un incremento de la intención de voto a favor del PP, lo que puede interpretarse como un indicio de la **necesidad-virtud del centramiento**.

Pero el centro, además de equidistancia, es también un estilo y un lenguaje más tolerante, más dialogante, menos dogmático. Es la renuncia a los maximalismos de la ideología. Este estilo y lenguaje es saludable para la democracia y amortigua las tensiones. Es, además, una posición más eficaz para afrontar los problemas de convivencia entre los pueblos de España. El centro representa, además, un espacio objetivo de coincidencia en lo que se refiere a los programas económicos del PP y del PSOE y, por tanto, un espacio de continuidad si se produce la alternancia en el poder. Desde estos puntos de vista, el centro es una necesidad funcional de todos los ciudadanos, que debemos felicitarnos por la convergencia direccional hacia ese lugar geométrico de concordia política.

El centro como entelequia

PERO nuestra satisfacción es sólo parcial. Para la mayor parte de los ciudadanos la palabra «centro» está difuminando aceleradamente su significado. Actualmente y en España no tiene nada que ver con los partidos radicales de los años sesenta. Ser de centro hoy equivale a definirse negativamente como algo que no pincha. Puede ser pertinente, incluso, recordar el sabio dicho de un político francés: **le centre est un point, donc sans extension**. Cuando vemos a todos los partidos correr como posesos hacia él, el centro se nos antoja un concepto pleno, un **desideratum** universal,

*una **entelequia** en el sentido aristotélico (= estado y tendencia hacia la perfección), pero, al no poder describirlo en términos de contenido positivo, el centro se convierte en algo etéreo, inaprensible, inexistente, es decir, en verdadera **entelequia**, en el sentido más actual de esta palabra.*

Este doble registro de la palabra «entelequia» es también el doble registro entelequial con que los partidos juegan con los electores: ellos saben muy bien que el centro al que caminan no está definido, pero intentan describirlo con los atributos de la perfección. Ni siquiera es necesario que el centro exista, lo único que interesa es que los votantes crean que existe y que el partido está en él. No se trata de construir en la realidad el centro, sino de construir virtualmente su apariencia.

***LOS** ciudadanos queremos un centro definido positivamente, con posiciones nítidamente definidas y diferentes sobre la economía, la moral cívica, la relación Norte-Sur, las nacionalidades, la inmigración..., es decir, como propuesta intermedia y no sectaria, que asume a fondo valores de la izquierda y de la derecha, sin asumir en bloque la una ni la otra.*

*Cuando un partido nos dice que se ha centrado, querríamos comprobar que en su programa figuran, con indicación de origen, líneas de acción precisas, apuestas radicales pero no sectarias. Desgraciadamente, no es eso lo que se nos ofrece. Sin debate social, y en la mayoría de los casos sin debate interno, los partidos caminan hacia un **centro verbal** sin contenido específico, concebido sólo como abandono y no como construcción. Llegar al centro parece equivaler, para los partidos, a perder sus señas de identidad y, con ellas, las referencias históricas, doctrinales y prácticas, y el resto de utopía de que eran depositarios.*

En este sentido, muchos nos sentimos defraudados. Hemos fiado a los partidos el papel de ser cauces de la opinión pública mediante la propuesta de líneas de engache, de opciones claras, además de talentos personales; pero los partidos no cumplen esta función de adelantados, de vanguardia de la sociedad, sino que se conforman a la mediocridad de ésta. No es la ideología la que configura un espacio electoral, sino a la inversa: el espacio electoral es el que configura la ideología. No se atreven a sacarnos de la tibia, sino que vienen a instalarse en ella.